—Estoy oyendo una en la habitación inmediata,—contestó el encantador.

Y pasando á dicha habitación, hizo venir con su llamamiento una nueva serpiente que fué á unirse en el saco con sus dos congéneres.

—Mientras que estés aquí,—dijo el propietario,—registra toda la casa.

—Vamos á la cocina,—repuso Abd-el-Kerim,—oigo una.

Fueron á la cocina; á los primeros soplos, gritos y silbidos d'Alah, la serpiente apareció y encaminóse hacia el encantador, obedeciendo con una repugnancia bastante marcada, viéndose forzada á obedecer.

Abd-el-Kerim guardóse cuatro thalaris, llevándose cuatro serpientes.

***

Un día mi padre cazaba en el Delta con uno de sus edecanes, llamado d'Horbourg. Hallábanse aproximadamente á veinte pasos de distancia uno del otro, cuando el edecan pisó la cola de una serpiente pitón, la que irguiéndose mordióle en el rostro; mi



padre disparóla un tiro al vuelo, por decirlo así, hiriéndola en la cabeza.

El edecan enroscóseá la cintura la serpiente que tenía nueve pies de larga, y llevándola á la ciudad, quitóla la piel, de la que se hizo un cinturón para colgar el sable y sobre la plancha del broche hizo grabar: *Muerta por el general Dumas.*

El coronel d'Horbourg llegó á ser conde del Imperio; murió en 1846 ó en 1847, encargando á su hijo al espirar, que me diera la piel de serpiente transformada en cinturón.

El hijo del conde d' Horbourg, á quien su padre dejó sin fortuna, permaneció tres ó cuatro años á mi lado en calidad de secretario. Todos los que me conocieron de 1846 á 1849 conocieronle á él también.

En 1849, el general Pacheco y Obes, ministro de guerra de la república de Montevideo, vino á París y viendo á d' Horbourg en mi casa ofrecióle que se lo llevaría como capitán instructor.

Partió con el general Pacheco, el cual murió, guardando no obstante d' Horbourg su grado.

Un día en una carga, d' Horbourg dejó caer su sable. Volviéndose atrás se detuvo en el sitio en que se le había caído y se apeó con la precipitación que le era habitual.

La fatalidad quiso que su sable, que había caído con la empuñadura hacia abajo, quedase derecho, sujeto en esta posición vertical por las muchas yerbas que había. D' Horbourg al saltar á tierra clavóselo muriendo después de terribles sufrimientos.

***

Hemos dicho que el encantador de serpientes que yo había visto haciéndose morder en la plaza de la Kasbah de Tanger pertenecía á la secta de los *aissaoua*.

Muchos de nuestros lectores, ven escrito por primera vez este nombre y se preguntarán qué es eso de los *aissaoua*.

Ya os lo diremos, pero no sabemos mucho más que los otros sobre este punto para saber qué son los *aissaoua*, para saberlo bien precisa ser *aissaoua* uno mismo.

Pues bien, los *aissaoua* pasan la lengua por hierros candentes, bailan sobre el corte



de los sables y no solamente se hacen morder por escorpiones y víboras, sino que hasta se comen vivos á estos animales.

La ciencia dice: «Eso es imposible.»

Yo digo lo que la ciencia; pero añado: «¿Qué queréis? *lo he visto*.

Teófilo Gautier, entre otros, con el don de la expresión que le es peculiar y con el colorido de estilo que hace de él un pintor al mismo tiempo que poeta, describe una de esas veladas dadas en los alrededores de Blidah, en casa de Ahmed-ben-Kadour, kaid de los Beni-Kheli, y lo hace de tal modo que conserva el privilegio de describirlas con seguridad tan suya como si en este género tuviese patente exclusiva.

A una velada semejante he asistido y vi en ella á los *aissaouas* comer sucesivamente escorpiones y cerastes, y lo más curioso era que empezaban á devorar al reptil por la cola y éste en los sobresaltos de dolor le mordía los brazos, las manos, el pecho, el rostro hasta que acababa por desaparecer en el estómago del devorador.

Estos mismos hombres cogían con las manos una barra de hierro enrojecida al fuego.

Al contacto con ella se elevaba una humareda y un olor de carne asada que llenaba la estancia.

Después de esta experiencia lamían una plancha de hierro caldeada al blanco.

Otros *aissaouas* caminaban sobre hojas de sables ó sobre pedazos de vidrio, en tanto que otros se los comían esos mismos pedazos como si se tratase de una galleta pareciendo como si encontrasen en esta rara comida una suprema satisfacción.

***

Terminemos esta serie de anécdotas con la historia bien conocida de la serpiente de cascabel de Vivier.

Nuestro célebre artista había tenido la idea para facilitar en sus viajes el paso por las aduanas y para procurarse vagones y cupés para él solo, llevar consigo una serpiente de cascabel encerrada en una jaula que rogaba á los viajeros le dejasen poner debajo de los asientos. Tenía al hacer esta petición, que generalmente se encontraba indiscreta, una



manera de sacudir la jaula, que hacía que la serpiente silbara y agitara los anillos.

Era raro que Vivier encontrase viajeros bastante aficionados á la historia natural, para permanecer en el mismo compartimento que él y su compañero.

No sé como Vivier y su serpiente de cascabel se han separado uno de otro, y si ha sido de buen acuerdo ó á consecuencia de alguna alteración. Paréceme haber oído decir que una mañana la caja de la serpiente, colocada en la alcoba de Vivier se abrió, dando facilidad á la serpiente para desentumecerse avanzando hacia el lecho en que Vivier estaba acostado. Este que deseaba tener un crótalo por compañero de viaje, hubiérase cuidado muy poco, dice la leyenda, de tenerla por camarada de lecho, y la habría de un garrotazo, roto la espina dorsal á la primera tentativa hecha para subir al lecho.

Para que Vivier se viese obligado á esta extrema crueldad, muy apurado debió verse. Es conocida la originalidad de este eminente artista, que negándose muchas veces á dejarse admirar por sus amigos en ocasio-

nes, ejecutaba música durante horas enteras para su serpiente de cascabel, muy sensible á esta condescendencia y que le acompañaba á compás, según se asegura, sacudiendo los anillos de su cola.

Tales son sobre poco más ó menos, todas las historias de serpientes que yo guardaba en mi saco, y que han ido saliendo una á una.

No las escribía para el público, las escribía para mí, sin saber que haría de ellas, y he aquí que mi editor pretende que divertiría á los lectores. Me las ha tomado y es suya, por lo tanto, toda responsabilidad.

FIN

**LEZCANO Y C.A - Editores**

# Extracto del Catálogo

**Últimas publicaciones**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO